

## EL ÚLTIMO DESAYUNO

Seudónimo: Velázquez

Vieja friendo huevos – Diego Velázquez

Era un martes por la mañana. El despertador me acababa de sonar como cada día a la misma hora. Toda mi vida era la misma historia, la misma rutina. Me levanté de la cama y me vestí rápidamente con lo que mi abuela me había preparado la noche anterior. Mientras me vestía, el aroma de los exquisitos huevos fritos que hacía mi abuela muy poco a menudo me fue invadiendo, arrancándome una sonrisa solo de imaginarme comiéndolos.

Corriendo, bajé las escaleras en dirección a la cocina, donde mi abuela estaba preparando el desayuno. Como siempre que preparaba huevos, mi abuela los puso en un taper redondo, preparado para poder llevármelo al colegio para merendar.

Yo vivía solo con mi abuela. De muy pequeño, mis padres murieron en un accidente de coche causado por una persona borracha que acabó con la vida de dos personas que no se lo merecían. Desde entonces, mi abuela se ha estado ocupando de mí, como una madre lo hubiera hecho, cuidándome con un amor incondicionado.

Después de despedirme con un beso en la mejilla como cada mañana, me dirigí al colegio. Estaba cursando sexto de primaria en la escuela pública del pueblo. Desde pequeño, siempre me ha costado hacer amigos, por lo que a veces me encuentro un poco desplazado, como si no encajara entre todos mis compañeros. Por eso, a menudo me encuentro solo en los patios y en el tiempo libre, a excepción de cuando está Marcos, un chico tranquilo que suele sentarse a leer bajo el árbol del patio. Sin embargo, aquel martes no lo vi por ningún lado.

El camino hasta el colegio se me hizo más largo de lo habitual. El taper aún estaba tibio dentro de la mochila, y ese simple detalle me hacía sentir acompañado. Sabía que, a la hora del recreo, al abrirlo, el olor de los huevos fritos me devolvería por unos instantes a la cocina de casa, al sonido del aceite crepitando y a las manos arrugadas de mi abuela moviéndose con una delicadeza casi sagrada.

Pero no fue así.

En el recreo, cuando me senté en el banco de siempre, tres chicos de mi curso se acercaron riendo. Eran los mismos de siempre: los que disfrutaban haciendo sentir pequeño a cualquiera que no supiera defenderse. Uno de ellos me arrancó la mochila antes de que pudiera reaccionar. Otro la abrió de un tirón y sacó el taper.

—¿Qué es esto? —se burló—. ¿Comida de viejas?

Intenté quitárselo, pero me empujaron. El tercer chico abrió el recipiente y, sin pensarlo dos veces, volcó los huevos fritos al suelo. La yema se rompió contra el cemento y el olor, tan familiar, se mezcló con el polvo del patio. Los tres estallaron en carcajadas y se marcharon corriendo.

Me quedé quieto, mirando el desayuno esparcido por el suelo. No lloré. No grité. Solo sentí un nudo en el pecho, una sensación extraña, como si algo muy importante se hubiera quebrado sin hacer ruido. Recogí el taper vacío y lo guardé en la mochila, intentando ignorar las miradas de los demás.

El resto del día pasó borroso. Apenas escuché al profesor, ni siquiera me levanté cuando sonó el timbre final. Al salir del colegio, el cielo estaba gris, y un presentimiento extraño me acompañó durante todo el camino de vuelta.

Al llegar a casa, la puerta estaba entreabierta. Llamé a mi abuela, pero no respondió. La encontré en la cocina, sentada en su silla, con la cabeza ligeramente inclinada y las manos apoyadas sobre el delantal. La sartén seguía en el fuego apagado. Todo estaba en silencio.

No entendí nada al principio. Pensé que dormía. Pero no despertaba.

Los vecinos llegaron después, y más tarde la ambulancia. Dijeron palabras que yo no quería escuchar. Ese martes por la mañana, el mismo día en que me había preparado huevos fritos, mi abuela murió. Comprendí entonces que aquel había sido el último desayuno que me había hecho. El último gesto de amor cotidiano. Y yo lo había visto caer al suelo, pisoteado, sin poder hacer nada.

Durante días, la rabia me consumió. Pensaba en los abusos, en sus risas, en lo injusto de todo. Imaginaba enfrentarme a ellos, devolverles el golpe, hacerles sentir el mismo dolor.

Pero cada vez que lo intentaba, recordaba la mirada serena de mi abuela, su forma de hablarme con paciencia incluso cuando estaba enfadado.

Una semana después, regresé al colegio. Cada paso por el pasillo me pesaba como si llevara piedras en los bolsillos. El recreo llegó demasiado pronto, y con él, los recuerdos. Me senté en el mismo banco de siempre, aunque nada era igual. Ya no había taper en mi mochila, ni olor a hogar, ni una voz esperándome al volver.

Entonces los vi.

Venían caminando despreocupados, empujándose entre ellos, riendo. Mi cuerpo se tensó. Sentí cómo la rabia, contenida durante días, subía desde el estómago hasta la garganta. Por un instante, imaginé levantarme de un salto y golpearlos, devolverles todo el dolor que me habían causado. Imaginé sus caras de sorpresa, su miedo. Pero también imaginé las manos de mi abuela, ásperas y cálidas, posándose sobre mi hombro para calmarme.

Se detuvieron frente a mí.

—¿Hoy no traes el desayuno de la abuelita? —dijo uno, con media sonrisa.

Algo se rompió dentro de mí. Me levanté despacio. Las palabras salieron solas, sin gritar, pero cargadas de una tristeza tan profunda que incluso a mí me sorprendió.

—Ese desayuno... —empecé, tragando saliva— ese desayuno era lo último que me había preparado mi abuela. Murió ese mismo día.

El patio pareció quedarse en silencio. Sentí cómo me temblaban las manos, pero continué.

—No sabéis lo que era para mí —seguí—. Ella era todo lo que tenía. Se levantaba antes que yo cada mañana, aunque le dolieran las piernas, aunque estuviera cansada. Me hacía la ropa, preparaba la comida, me esperaba cada tarde. Esos huevos no eran solo comida. Eran su manera de decirme que me quería, que estaba orgullosa de mí, que no estaba solo en el mundo.

Noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas, pero no las dejé caer.

—Y vosotros los tirasteis al suelo como si no valieran nada —dije—. Igual que hicisteis conmigo. Y yo no pude hacer nada. Ni siquiera recogerlos.

Uno de ellos bajó la mirada. Otro dejó de sonreír. Yo respiré hondo y añadí, con la voz ya más firme:

—No quiero pegaros. No quiero ser como vosotros. Solo quiero que sepáis que ese día no solo me quitasteis el desayuno. Me quitasteis el último recuerdo vivo de mi abuela.

El silencio era pesado. Sin decir una palabra, se dieron la vuelta y se marcharon. No hubo disculpas, pero tampoco burlas. Nunca más volvieron a acercarse.

Me senté de nuevo en el banco, exhausto, como si hubiera corrido durante horas. Por primera vez desde la muerte de mi abuela, sentí que había dicho lo que llevaba dentro, que no había guardado el dolor en silencio.

Con el tiempo entendí que aquel martes no fue solo el final de una rutina, sino el inicio de algo distinto. Mi abuela ya no estaba, pero su forma de quererme seguía viva en mí. En cada decisión, en cada momento en que elegía no devolver el daño con más daño.

A veces pienso en aquel cuadro: la vieja friendo huevos, concentrada, humilde, ajena al paso del tiempo. Y comprendo que Velázquez no pintó solo una escena cotidiana, sino un acto de amor sencillo y eterno. El mismo amor que me sostuvo cuando todo parecía derrumbarse.

Porque hay gestos tan pequeños —un desayuno, una mirada, una mano que cuida— que, aunque acaben en el suelo, nunca desaparecen del todo.

